

*Detalle de un fresco del siglo IV procedente de Beska, actual Yugoslavia, que representa a tres trabajadores de otros tantos oficios (Museo de Novi Sad, Voivodina).*

# Fin del paganismo. Juliano el Apóstata

El hecho de que Constantino y sus sucesores hicieran pública profesión de fe cristiana no destruía por ello el carácter oficial de la antigua religión romana. Otros emperadores habían demostrado antes sus preferencias por los cultos orientales; Marco Aurelio, pese a su monoteísmo estoico, continuó practicando los sacrificios de ritual a los antiguos dioses; eran ceremonias cívicas que los emperadores tenían que presidir como jefes del estado. Lo exigían no sólo la tradición establecida por siglos de prácticas litúrgicas, sino también los intereses y bienes muebles vinculados en los colegios sacerdotales.

Todavía el emperador cristiano Graciano, que no quiso revestirse con los hábitos pontificales, tolera que en una inscripción del año 370 se añadan a sus títulos las abreviaturas *Pont. Max.,* pontífice máximo.

En ninguno de sus edictos prohibió Constantino las prácticas religiosas de los paganos. Se burló de ellos, los compadeció por su ceguera, casi los amenazó con sus sarcasmos, pero no los consideró criminales, como antes se había hecho con los cristianos. Constante, hijo de Constantino, fue mucho más allá: el 342 insistió en que la superstición pagana debía desaparecer por completo, pero hizo una concesión, y fue la de ordenar que los templos situados lejos de las ciudades fuesen respetados, "porque son lugares donde se han originado los juegos del circo y otros espectáculos". La razón no puede ser más especiosa, pero revela que los santuarios en despoblado eran más venerados que los templos de las urbes; además, indica que ni el emperador ni los súbditos estaban dispuestos a renunciar a los espectáculos o juegos del circo. Ya en tiempo de Marco Aurelio había en Roma, cada año, ciento treinta y cinco días de fiesta en el circo, y este número había aumentado en el siglo IV. Mucho más tarde, decía aún Arcadio que no quería sumir al Imperio en duelo y tristeza suprimiendo los espectáculos. Es verdad que los combates de gladiadores fueron pronto prohibidos, pero las carreras de carros y caballos se toleraron hasta el final

***Representación, en marfil bizantino, de Constantinopla, la nueva Roma fundada por Constantino e inaugurada en el 330 (Museo Arqueológico, Viena). En situación privilegiada a la entrada del Bósforo, la nueva capital fue una salvaguarda de la cultura clásica en tiempos difíciles para Roma.***



del Imperio cristiano de Oriente, como una de las pocas diversiones al alcance del pueblo de Constantinopla.

El segundo hijo de Constantino, llamado Constancio, supuso que el golpe de gracia contra la antigua religión sería prohibir los sacrificios, pues los paganos, aun sin creer en los antiguos dioses, no querían renunciar a la esperanza de obtener resultados inmolándoles víctimas propiciatorias; pero, pese a que Constancio amenazó con la pena capital a los que honrasen a los viejos ídolos con sacrificios, éstos debieron de practicarse en secreto por mucho tiempo. Muy interesante a este respecto es un "milagro" ocurrido en 354: habiéndose retardado el convoy de trigo que debía llegar del África, el prefecto de Roma decidió que se hiciesen sacrificios a Cástor y Pólux, y al punto cambió el viento y llegaron al puerto de Ostia las naves esperadas. Esto sucedía después de la prohibición de Constancio, y quien la desobedecía era nada menos que la primera autoridad de la capital del Imperio.

A la muerte de Constancio, su primo y sucesor Juliano intentó llevar a cabo la famosa restauración del paganismo que le ha valido el dictado de *Apóstata*. Como tipo humano, Juliano es una de las más interesantes figuras del panorama de la Historia. Era sincero, estimaba la religión clásica por su aspecto estético, y la principal razón para que mandara restablecer el culto fue el preservar de ruina la belleza de los antiguos templos. Juliano se había educado en Atenas y con filósofos neoplatónicos; por esto al combatir al cristianismo con sus escritos desplegó una peligrosa malicia.

Que un emperador, sobrino de Constantino, dijera que si Dios hizo la mujer para ayudar al hombre, ésta no hubiera debido





***Anverso y reverso de una moneda de plata conmemorativa de la inauguración de Constantinopla el 11 de mayo del año 330 (Museo del Castillo Sforza, Milán).***

tentarle, y que si Dios prohibió al hombre y a la mujer que distinguieran el bien del mal, ya no eran culpables, tenía que producir cierta confusión en la mente de los que vacilaban aún en aceptar el cristianismo con sus dogmas sobre el pecado original y la salvación por la sangre de Cristo.

Pero Juliano era demasiado filósofo para volver a los antiguos dioses. Cuando quiso proponer algo mejor, divagó. Como religión del estado pareció preferir el culto al Sol, que no era cosa nueva ni satisfactoria. De lo que no queda duda es de su profundo odio a los cristianos. Sin que directamente decretara su persecución, permitía que el populacho pagano se ensañase con ellos, y por su parte hizo cuanto pudo para combatir al cristianismo. Prohibió que los cristianos enseñaran en las escuelas, con lo cual rompió la tradición romana de la libertad de enseñanza, que, aun durante las más violentas persecuciones, había sido respetada. Juliano sintió horror al pensar que sus amados autores clásicos, Homero y Hesíodo, serían comentados despiadadamente por los pedagogos cristianos, que tan sólo los apreciaban como modelos de estilo. Los escritores de su época añaden que Juliano impidió a los cristianos estudiar los clásicos, porque temía que con ellos aprenderían el arte de la oratoria y podrían atacar al paganismo con mayor elocuencia.

Ignoramos qué efectos remotos hubiera podido producir la "reforma" de Juliano. Éste, con su elocuencia y su cultura, actuó siempre de un modo personal; él es quien habla, no el estado romano ni la filosofía antigua, y esta lucha de un hombre, aunque revestido del manto del filósofo y la púrpura imperial, contra una institución de origen divino estaba condenada a inevitable derrota. La misma muerte heroica de Juliano, a los dos años y medio de reinado, indica que era más bien un romántico erudito que un gobernante. Halló la muerte en la frontera de Persia, al frente de su ejército, por haberse lanzado al combate como simple soldado. Alejandro y Trajano expusieron también sus vidas en aquellos mismos parajes, pero ni el uno ni el otro tenían el corazón lacerado por las polémicas religiosas.

El "caso" de Juliano el Apóstata reviste interés extraordinario porque está perfectamente documentado en una época en que empezamos a carecer de información. Además de los escritos polémicos del emperador se han conservado algunas de sus cartas y, sobre todo, las descripciones de su carácter en el *Panegírico,* de Libanio, y la *Historia contemporánea,* de Amiano Marcelino. Este último deja comprender que Juliano era muy supersticioso, y añade que llegó a temerse que se experimentaría escasez de ganado si volvía triunfante de la campaña contra los persas en la que murió. Esto lo dice por el gran número de víctimas que Juliano sacrificaba regularmente. Libanio cuenta que el joven emperador saludaba al sol, por la mañana, inmolando reses, y por la tarde corría también la sangre para saludar la puesta del sol. Por la noche, otras reses eran degolladas para apaciguar a los espíritus nocturnos.



***Dos personajes de provincias defendidos tras un escudo, en un mosaico romano del siglo IV (Museo del 25 de Mayo, Belgrado).***

# DEL IMPERIO ROMANO AL CRISTIANO: I. LA EVOLUCION DE LAS DISTINTAS RELIGIONES EN EL SIGLO IV

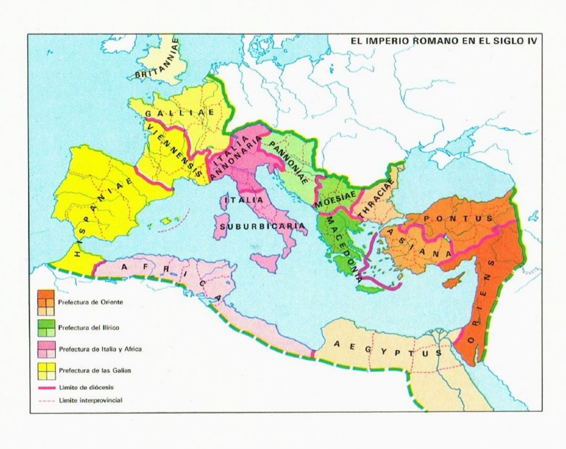
| | Paganismo | | Ortodoxia | | Arrianismo |
|---|---|---|---|---|---|
| | | 325 | Concilio de Nicea: símbolo de fe ortodoxo; el Hijo es consustancial al Padre. | | |
| | | | | 334-338 | Concilios de tendencia arriana en Cesarea (334), Tiro (335), Jerusalén (335) y Antioquía (338): condenación de Anastasio, obispo de Alejandría, y con él de los partidarios del credo de Nicea. |
| | | 340-341 | Concilio de Roma: se insiste en la ortodoxia del símbolo de Nicea, se rehabilita a Anastasio y se defiende la primacía de la sede de Roma. | | |
| 341, 346, 365 | Prohibición de celebrar sacrificios paganos. | | | | |
| | | 343 | Concilio de Sárdica: apoyados por Constante, los obispos occidentales ortodoxos excomulgan al clero oriental arriano. | 343 | Concilio de Filípolis: apoyados por Constancio, los obispos orientales arrianos excomulgan a los obispos occidentales nicenos. |
| | | | | 353-355 | Sucesivos concilios en Occidente, Arles (353) y Milán (355), que adoptan una postura equívoca con respecto al arrianismo. |
| 356 | Se cierran los templos paganos, se confiscan sus bienes. | | | | |
| | | | | 357-359 | Los concilios de Sirmio (357) y Rímini (359) formulan como ortodoxo un credo homeano (entre el Padre y el Hijo existe una similitud no sustancial). |
| | | | | 360 | Persecución contra los obispos afectos al niceísmo y contra los obispos de creencias anomeas (entre el Hijo y el Padre no hay semejanza alguna). |
| 361-363 | Leyes restauradoras de Juliano. | | | | |
| | | 364 | Sínodo de Lampsaco: condenación de la fórmula homeana, credo homusiano (consustancialidad). | 364-366 | A raíz del sínodo de Lampsaco, el emperador Valente persigue a los obispos nicenos. |
| | | 364-375 | La ortodoxia, perseguida en Oriente, se afianza y extiende en Occidente favorecida por la política tolerante de Valentiniano I. | | |
| | | 378 | Tras el desastre de Adrianópolis, Graciano restablece en sus sedes a los obispos nicenos de Oriente. | | |
| | | 378 | Concilio de Roma: el emperador prestará a la Iglesia el apoyo necesario para imponer las decisiones de los concilios. | | |
| 379 | Graciano abandona solemnemente el título de Pontífice Máximo, suprema dignidad del paganismo. | | | 379 | Graciano prohíbe a los heréticos predicar, organizarse y reunirse en asambleas públicas. |

| Paganismo | | Ortodoxia | | Arrianismo | |
|---|---|---|---|---|---|
| | | 380-381 | Teodosio proclama en varios edictos la obligada adhesión de todos los romanos al símbolo de Nicea. | | |
| | | 381 | Todas las iglesias, sin excepción, deben ser entregadas a los obispos nicenos, únicos depositarios de la ortodoxia. | 381-384 | Edictos contra la herejía de Teodosio; comienza la persecución contra el arrianismo. |
| | | 381 | Concilio de Constantinopla: identidad y consustancialidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. | 381 | Concilio de Constantinopla: el arrianismo es una herejía, sólo la doctrina homusiana es ortodoxa. |
| 382 | Graciano ordena sacar el altar de la Victoria, levantado en el Senado romano. | | | | |
| 382 | Se suprimen las dotaciones y privilegios de los colegios sacerdotales romanos. | | | | |
| 385 | Se condenará a pena de muerte a aquellas personas a las que se encuentre ofreciendo sacrificios. | | | | |
| 391 | Se prohíbe cualquier acto de significado pagano en todo el Imperio. | | | | |
| 392 | La profesión de creencias paganas es equiparada a los crímenes de lesa majestad. | | | | |
| 393 | No se celebrarán en adelante los Juegos Olímpicos. | | | | |
| 396 | Un decreto imperial impide la representación de los Misterios de Eleusis. | | | | |

El mundo antiguo, en el siglo IV, parecía atacado de una enfermedad de magia y superstición. Ya hemos visto que Constantino no se vio libre de tan funesto error; el hecho de que Juliano cayese en tales extremos es, además, altamente significativo. Los emperadores Constante, Constancio, Valente y Valentiniano, que se llamaban cristianos, castigaron severamente las prácticas de magia y espiritismo, pero esto mismo prueba cuán extendidas estaban. Un modo de obtener información sobre las cosas futuras, a mediados del siglo IV, está curiosamente descrito en su *Historia* por Amiano Marcelino: se colocaba un trípode, hecho con ramas de laurel, en una cámara saturada de perfumes; sobre el trípode había una bandeja, hecha de una aleación de metales, con las letras del alfabeto grabadas en sus bordes. Sobre la bandeja colgaba un anillo, que hacía mover un oficiante, vestido de lino blanco sin mezcla, por medio de una rama de verbena que tenía en la mano. Cuando el anillo dejaba de oscilar, señalaba una de las letras de la bandeja. El vuelo de las aves, los sueños, las entrañas de una víctima, incluso el chillido de un ratón, todo se tomaba como agüero.



***Cabeza de bronce de una emperatriz bizantina del siglo IV (Museo de Nis, Yugoslavia).***




Los escritores cristianos no se cansan de combatir las prácticas adivinatorias, que se han infiltrado hasta entre los fieles. San Jerónimo dice que un cristiano rico no podía nunca ganar las carreras porque sus caballos estaban paralizados por las artes mágicas de sus rivales. Un cristiano acudió a San Hilario y éste consintió en prestarle su copa, llena de agua bendita, para que pudiera purificar su cuadra; el buen hombre destruyó así el maleficio y ganó las carreras. El mismo San Agustín, acaso la mentalidad más poderosa de la época, creía en la astrología antes de convertirse.

En el siglo IV, la ciencia antigua parece como un enfermo que no resiste a la muerte. Se advierte una falta absoluta de interés para su estudio, no hay originalidad ni afán de saber; los que saben algo, declaman contra este conocimiento, que no les ha proporcionado la paz del alma, que encontraron, en cambio, en las Sagradas Escrituras. San Jerónimo trata a Platón de loco y deplora el interés que él mismo siente todavía por Cicerón. San Agustín escribe un tratado *Contra académicos,* y San Ambrosio cree que Pitágoras acertó en muchas cosas por haber tenido la feliz oportunidad de leer a Isaías.

Tales expresiones, empero, deben tomarse más bien como consecuencia de la seducción ejercida por los clásicos a causa de su excelencia formal, en cuanto podían ser vehículo de ideas paganas perturbadoras de la mentalidad cristiana. Por otra parte, a la gran era patrística, que en este siglo cuenta con tan admirables doctores, no puede considerársela en ruptura con la antigüedad literaria: de San Hilario, por ejemplo, ha llegado hasta nosotros un himno cuyos versos están moldeados en el troquel de una oda de Horacio: *Sic te diva potens Cypri.* La única ciencia que se ve progresar algo es la geografía. El Imperio permanecía todavía unido, y para defender las provincias lejanas había que acumular datos de los pueblos enemigos de más allá de las fronteras; en cambio, la Historia empieza a deformarse, aunque se universaliza. Esto será un gran adelanto, porque se empieza a tener conciencia de la Humanidad sin distinción de razas ni fronteras. Además, la decadencia de la administración romana era tan evidente, que se esperaba el fin inmediato del Imperio y aun del mundo entero. De tal catástrofe acusaban algunos a los cristianos; para defenderse, San Agustín escribió su *Ciudad de Dios,* y Paulo Orosio una *Historia universal contra paganos.* En ambos libros se insiste en afirmar que los acontecimientos siguen el plan trazado por la providencia y anunciado ya por las profecías. Pero la ciencia antigua no debió de perecer en pocos años. La serie de los escritores clásicos debía hallarse completa todavía, aunque Paulo Osorio lamenta ya haber visto en el Oriente bibliotecas con los armarios vacíos. La misma dispersión de las grandes bibliotecas debía de proporcionar a los estudiosos ocasión de hacer excelentes adquisiciones. San Agustín, sitiado en Hipona por los vándalos, escribe dándole gracias a un amigo porque le ha facilitado dinero para la compra de libros.

Por otro lado, las guerras con los partos habían enseñado a los generales romanos los métodos de combate del Oriente. Leemos en Amiano Marcelino novedades de balística para arrojar piedras y antorchas encendidas sobre las ciudades sitiadas; castillos de mimbre y nuevas torres transportables para atacar las murallas; fosos, reductos y mil estratagemas de poliorcética, en las que se utilizó

***Anverso y reverso de una moneda de oro de Constantino II, acuñada en Nicomedia hacia el 335 (Museo Británico, Londres). Hijo primogénito de Constantino el Grande, acordó con sus hermanos Constante y Constancio la división de poderes en el vasto Imperio, pero en litigio de mando con Constante, le declaró la guerra y fue derrotado en Aquilea y muerto allí mismo en 340.***



cuanto se conocía de la mecánica antigua. El mundo iba tomando el aspecto de un campamento armado, que conservó, con raros períodos de paz, durante toda la Edad Media.

Uno de los síntomas más inquietantes de la decadencia del Imperio en el siglo IV es la irregularidad con que se administra la justicia. Las antiguas leyes romanas eran bien conocidas y hasta se sentía un deseo evidente de codificarlas, pero no se aplicaban. La delación era la base de juicio; la prueba testifical se practicaba con torturas feroces; los jueces eran funcionarios imperiales, y a veces dictaban sentencia los mismos emperadores, poco dispuestos a la clemencia bajo la amenaza constante de usurpadores. Amiano Marcelino, hablando del césar Galo, escribe: "El año 352, en Antioquía, ordenó la muerte de todas las personas principales de la ciudad porque protestaron cuando quiso fijar los precios del mercado". Es probable que Galo tuviera razón, pues era un año de escasez, pero que un césar cristiano castigara una protesta así con la ejecución en masa de todas las personas principales de la capital de Siria resulta sorprendente.



*Cabeza de Constancio II, que heredó de su padre Constantino la parte oriental del Imperio (Museo de los Conservadores, Roma). Por procedimientos extraños llegó a obtener la unidad del Imperio bajo su mando, pero las crecientes dificultades de tipo religioso y defensivo le impidieron disfrutar con seguridad de su dominio. En 355 nombró césar a Juliano y éste se arrogó el mando total de augusto en Occidente. Constancio no le pudo combatir, muerto de fiebres en 361.*




*Camafeo con la figura de Juliano el Apóstata (Gabinete de Medallas, París).*







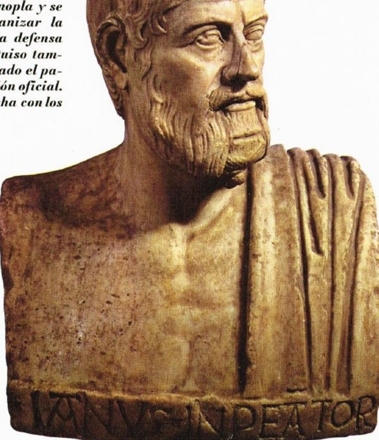
***Anverso y reverso de una moneda de bronce de Juliano acuñada en Constantinopla durante su reinado (Museo Británico, Londres).***

Muchos de los acusados perecían en el tormento, que se convirtió en una manera de ajusticiar sin prueba ni sentencia. En el siglo IV el Imperio, corroído por el miedo y la corrupción, dio muerte con sentencias absurdas a muchos de los que, coordinando sus esfuerzos, hubieran podido salvarlo. El senado había perdido su autoridad; todo el poder recaía en el emperador, que llevaba el nombre de Augusto, pero en realidad era un déspota absoluto. Los retratos de los cónsules y funcionarios de esta época nos presentan a personajes robustos, de aspecto sano, ojos fijos y cara rapada, con una mueca de hastío, tal vez por reconocerse incapaces de sostener un mundo que se derrumbaba. Frente a ellos podríamos colocar las imágenes de los obispos, con sus facciones también rudas y enérgicas, algo contraídas por una mueca que en ellos parece revelar impaciencia por no poder destruir de una vez al paganismo agonizante.

El conflicto entre las dos religiones culminó con la famosa controversia acerca de la estatua de la Victoria, en la curia del senado de Roma. No era una reliquia latina, no conmemoraba ningún triunfo militar ni había obrado ningún prodigio: era sencillamente una estatua griega, de bronce dorado, que Julio César había llevado a Roma desde Tarento. Parecía volar, con las alas extendidas, para simbolizar el triunfo de Roma con una corona de laurel. El respeto con que habían jurado delante de esta Victoria tantas generaciones de padres de la patria la había hecho sagrada, pero, a pesar de ello, Constancio, el año 357, ordenó que se quitara del palacio del senado. Juliano mandó reponerla en su sitio, y fue otra vez retirada por orden de Graciano.

Causa una angustia casi dolorosa ver como el paganismo, herido de muerte, escogió para librar su última batalla la defensa de esta estatua de la Victoria, que no representaba nada genuino, ni desde el punto de vista moral ni el religioso. Los senadores paganos que se empeñaban en conservarla tampoco tenían ninguna fe en ella; deseaban sólo morir envueltos en los recuerdos espirituales del pasado.

El senado de Roma, en el que predominaban los tradicionalistas paganos, envió cuatro diputaciones a Milán, donde residía el emperador, para suplicarle que les permitiera reponer la estatua de la Victoria en la



***Busto del emperador Juliano, llamado el Apóstata, que sucedió en el gobierno a Constancio II (Museo de la Civilización Romana, Roma). En 361 fue aclamado emperador en Constantinopla y se apresuró a reorganizar la administración y la defensa de las fronteras. Quiso también devolver al estado el paganismo como religión oficial. Murió en 363 en lucha con los persas.***

118

## DEL IMPERIO ROMANO AL CRISTIANO: II. LA POLITICA RELIGIOSA DE CONSTANTINO Y SUS INMEDIATOS SUCESORES

Adopción de una política de tolerancia hacia todos los cultos.

El paganismo es todavía una fuerza en el Imperio; las masas rurales y el ejército le son adictos, aunque la predicación cristiana gane sin cesar nuevos adeptos entre ellos; también son adictos al paganismo ciertos círculos ilustrados de las grandes ciudades, que alcanzarán gran predicamento entre los intelectuales y la aristocracia.

Constantino, en una decisión sin precedentes en la historia de Roma, concede a los litigantes el derecho de traspasar sus pleitos de los tribunales civiles a los episcopales, cualquiera que fuese el asunto tratado.

Por primera vez, la Iglesia cristiana es, dentro del Imperio, una sociedad legal con personalidad civil y el derecho a poseer bienes y a heredarlos.

Como interviene en la organización y asistencia de varias Iglesias paganas, Constantino se reserva explícitamente el derecho a decidir en los distintos problemas de la Iglesia y adecuar su solución a las necesidades generales del Imperio.

La paz de la Iglesia viene a ser sinónimo de paz pública. Por eso, en la violenta disputa trinitaria entre sabelianos, arrianos y moderados, es urgente para Constantino obtener una definición ortodoxa de la fe cristiana. De ahí la idea imperial de la convocatoria de un concilio y el pronto apoyo ofrecido al símbolo de Nicea.

La posición rigorista de Nicea, que implicaba la excomunión de los arrianos y exigía del emperador una inmediata marginación social del grupo, parece a Constantino "una solución demasiado occidental", difícil de imponer a un Oriente de mayoría arriana. En la corte es considerable la influencia del arrianismo, hecho que explica la tolerancia de Constantino para con los heterodoxos.

La disputa arrianismo-ortodoxia en la época de Constante (337-350) y Constancio (337-361).

A través de las poderosas personalidades de Atanasio, obispo de Alejandría, y el papa Julio, obispo de Roma, Constante acepta una nueva teoría de las relaciones estado-Iglesia: el estado debe apoyar con toda su fuerza la ortodoxia cristiana, formulada libremente por la Iglesia.

La Iglesia occidental, reunida en el concilio de Roma, interviene en el conflicto arriano a petición de los obispos nicenos de Oriente, a quienes rehabilita al tiempo que reafirma el credo de Nicea. Constante apoyará el conjunto de estas decisiones.

Constancio, emperador de Oriente, acepta la fe "ortodoxa" dictada en los concilios de Cesarea, Jerusalén y Antioquía y, de acuerdo con ella, expulsa de sus sedes y destierra a los obispos partidarios de Nicea, considerados ahora herejes.

La muerte de Constante evita la guerra civil y convierte a Constancio en emperador único de Oriente y Occidente.

Después de un viaje a Roma y de su estancia en la capital (358), Constancio, que se muestra muy sensible al peligro de un levantamiento nobiliario en Occidente, arrumba la legislación antipagana.

Hasta el año 357, la disposición de Constancio con respecto al paganismo y a la aristocracia romana es parecida a la de su hermano Constante, quien en los últimos años de su reinado inicia la represión del paganismo y de las pretensiones autonomistas de la aristocracia.

Constancio, emperador de Oriente y Occidente.

Los obispos alcanzan el rango de funcionarios públicos: reciben el derecho a usar el correo oficial, no están sometidos a la jurisdicción civil y recuperan sus facultades judiciales.

La política de independencia de la Iglesia de Roma se hunde ante la actitud contemporizadora de Constancio, que en tanto promete la convocatoria de un concilio general, persigue y destierra a los obispos occidentales más destacados en la defensa del niceísmo.

En los concilios de Arles y Milán, Constancio impone la condenación pública de un grupo de obispos nicenos orientales y aplaza la cuestión de la definición de la ortodoxia hasta un próximo concilio general.

El emperador trata de contrarrestar la fuerza económica creciente de la Iglesia y obliga a las personas ricas que entran a formar parte del clero a dejar dos tercios de sus bienes al estado, a la vez que niega a las tierras eclesiásticas la exención de impuestos.

*Marfil alejandrino del siglo IV que representa a una dama caracterizada a la manera de la antigüedad clásica (Museo de Cluny, París). En el último período del Imperio, Egipto representó un punto de partida del nuevo arte, en parte herencia del grecorromano, y en parte aportación de las civilizaciones orientales.*



sala de reuniones. La primera embajada pasó a Milán el año 382, pero Graciano ni siquiera le quiso conceder audiencia. La segunda, del año 384, tuvo más fortuna, porque Valentiniano II la recibió. El mensaje, leído por el senador Símaco, presidente de la comisión, fue publicado y motivó una respuesta de San Ambrosio. La tercera embajada pasó a visitar a Teodosio el año 388, y la cuarta estuvo en Milán con el mismo objeto en 392.

Como se ve, el asunto de la Victoria duró largos años y produjo tal impresión en las mentes de cristianos y paganos, que todavía Enodio de Pavía, en el siglo VI de nuestra era, hacía alusión a esta querella. Prudencio reunió los opúsculos cruzados entre San Ambrosio y el senador Símaco. Éste pertenecía a una familia principal romana, era inmensamente rico, y estaba emparentado con otros jefes del partido tradicionalista. Cuando habla, adopta un tono solemne, para persuadirnos de que es la Roma pagana la que habla por su boca. Haciendo uso de una imagen poética, personifica el genio de la ciudad en una matrona que exclama así: "Permitidme profesar la religión de mis padres y no os arrepentiréis de ello. Esta religión ha sujetado el universo a mis leyes; su culto ayudó a nuestros mayores a rechazar a Aníbal y a defender el capitolio de los bárbaros. ¿Para esto he llegado a mi larga vejez, para verme castigada con insultos?".

"¿Quién será tan enemigo de Roma que no deplore la injuria hecha a nuestra Victoria?", declama Símaco. Una de sus razones para defender este antiguo culto pagano es que la herencia que se ha recibido de los antepasados debe transmitirse íntegra a los que vendrán. Otra razón es que si Roma fue poderosa con su culto pagano, no hay por qué cambiarlo. La idea antigua de que cada ciudad o nación tiene sus dioses propios, que deben conservarse, aparece también en Símaco. Son las mismas ideas de Cicerón, algo espiritualizadas: "Cada nación tiene sus ritos y su culto. La Providencia asigna a cada ciudad diferentes protectores. Del mismo modo que cada mortal recibe al nacer una alma propia, de la misma manera cada pueblo recibe un genio particular para velar por sus destinos". Es de notar que este defensor de una religión que agoniza quiere apoyarse en argumentos más "avanzados" que los de sus enemigos. "El Dios a quien se dirigen nuestras plegarias –dice Símaco– es el mismo para todos. Un mismo cielo cubre nuestras cabezas, vemos los mismos astros y formamos parte de un mismo universo; poco importa la manera de adorar a su Creador. Parece imposible que haya sólo un camino para llegar a este gran misterio."

Otra cosa que lamenta Símaco es que el emperador, a la vez que ha mandado retirar la estatua de la Victoria, haya confiscado los bienes de los templos y suprimido los haberes de pontífices, vestales y cien otras jerarquías del sacerdocio pagano. Los templos podían continuar abiertos, no se excitaba todavía a la destrucción de edificios y estatuas, pero se les dejaba sin recursos. He aquí cómo se expresa Símaco respecto a esta expoliación: "¿Es que los religiosos no gozan

de la protección de la ley que defiende a los demás ciudadanos romanos? Esclavos y libertos reciben los bienes que les ha legado su amo y, en cambio, los ministros del culto y las vírgenes vestales no tienen derecho a heredar. ¿De qué les sirve a estas doncellas el guardar su castidad, procurando merecer del cielo la felicidad de la patria? En nuestro Imperio resulta más provechoso ayudar a los hombres que servir a los dioses". Por fin, Símaco profiere amenazas: los dioses vengarán la ofensa hecha a sus templos y sacerdotes, pero esta esperanza en los dioses parece una confesión de incapacidad.

A este "padre de la patria" contestó el obispo de Milán, San Ambrosio. Pertenecía también éste a una ilustre familia romana, pero nació en la Galia. Ambrosio empezaba su carrera como funcionario del estado cuando fue elegido, casi a la fuerza, obispo de Milán. Detalle típico de la época es que cuando Ambrosio fue elegido obispo, todavía era catecúmeno. Los cristianos de Milán no podían llegar a entenderse para escoger un pastor, y Ambrosio les reconvino con tales firmeza y elocuencia, que le eligieron obispo a él por aclamación.

Al enterarse de la embajada de Símaco reclamando el altar de la Victoria, dirigió una terminante protesta al emperador. Su tono es vibrante, amenazador: "Todos tienen que servir al emperador, pero el emperador tiene que humillarse ante Dios. Si decidís contra Dios en este asunto, los obispos no lo tolerarán; entraréis en las iglesias y no hallaréis en ellas ningún sacerdote para recibiros".

San Ambrosio escribió aún otra memoria refutando los argumentos de Símaco: "Decís que los dioses han salvado a Roma de Aníbal y de los galos, pero fueron los gansos los que, con sus graznidos, despertaron a los guardias del Capitolio, y ¿por qué se entretuvieron tanto los dioses en las guerras púnicas? Si se hubiesen decidido a salvar a Roma antes de la batalla de Cannas, ¡cuántas víctimas no se hubieran ahorrado!...". En cuanto a los recuerdos del pasado, San Ambrosio no quiere nombrar a Nerón y otras calamidades de la historia romana. ¿Cómo parangonar las vestales con las vírgenes cristianas? Las vestales pueden casarse al cabo de treinta años. "¡Brava religión que obliga a guardar castidad cuando son jóvenes muchachas y permite la impudicia cuando son viejas!"

A la cuestión candente del salario de los sacerdotes paganos, San Ambrosio contesta que tampoco los cristianos reciben sueldo del estado: "Prefiero que seamos pobres de dinero y ricos de gracia", dice San Ambrosio. "Nuestro título de gloria es la sangre que derramaron los mártires en las persecuciones, mientras que los paganos no piensan más que en los bienes que les han quitado. La pobreza, que para nosotros es un honor, los paganos la consideran un ultraje. Nosotros creemos que los emperadores nos ayudaban mejor cuando nos perseguían, que ahora que nos protegen."

Todavía se devolvió la estatua de la Victoria al senado el año 392, cuando Valentiniano II fue asesinado por el franco Arbo-




***Una hoja del díptico de Símaco conmemorativo de las nupcias de un hijo de los Nicómaco con una hija de los Símaco, acaudaladas e influyentes familias romanas del siglo IV (Museo de Cluny, París).***

# CONTROVERSIA RELIGIOSA Y POLITICA REACCIONARIA EN LA NUEVA REPUBLICA

La figura de Juliano el Apóstata, de no ser considerada desde la perspectiva triunfalista de cualquier mística ortodoxa, puede representar un momento del secular enfrentamiento entre el agonizante clasicismo y el cristianismo cada vez más pujante. La cuestión religiosa, indudablemente, representaba el centro de la discusión, pero no en términos de cristiandad-infidelidad, como ocurrirá posteriormente en la Edad Media o en las antiguas y modernas colonizaciones, sino más bien en términos más profundos de cultura, filosofía y política.

No en vano Juliano llegó a ser el segundo de los reyes-filósofos por quien la filosofía volvió a revestirse de la púrpura imperial. De modo que considerar a Juliano el Apóstata sólo desde la estricta perspectiva de una ortodoxia cristiana y eclesiástica, al modo de las clasificaciones inquisitoriales –tal vez su apodo de *apóstata* lo exhibe con evidencia–, que juzgan con criterios valorativos posteriores y además ya desfasados, trae como resultado nublar el horizonte de posibilidades de cara a conocer el turbulento Bajo Imperio romano, en el que se desarrolló la cultura cristiano-occidental.

Ciertamente, Juliano actuó contra los cristianos, pero en el sentido de que, con él, el clasicismo, el helenismo, tras la identificación constantiniana de imperio-cristianismo, intentaba hacer retroceder la rueda del destino, queriendo demostrar su sólida y tradicional validez e intentando, como Constancio también, a su manera, rehuir las consecuencias del ajuste constantiniano.

El fervor y celo cristianos han llevado a muchos historiadores a prodigar no pocos exagerados epítetos a Juliano el Apóstata, minusvalorando, dado su anticristianismo, sus virtudes políticas, cuyas realizaciones estaban llamadas a fracasar frente a la omnipotencia divina y la providencia, que poco antes había hecho aparecer a Constantino el Grande.

Pero también existen historiadores que, aun caracterizando el Imperio por una *Pax Iuliana* como empresa personal, reconocen en Juliano no escasa parte del genio hereditario de los segundos Flavios, con valores de estadista en calidad de césar de la Galia que recordaban a su abuelo Constancio Cloro y con buenas cualidades de soldado no indignas de su tío Constantino. Su solicitud por los provinciales de su jurisdicción, acosados y agobiados de tributos, fue notoria. Y "en su declaración de emperador, Juliano obró movido por algo más que la protesta amargamente enconada contra la tiranía doméstica; aquélla le ponía al frente de un capital movimiento revolucionario, el más significativo desde el levantamiento del propio Constantino, pero, a diferencia del movimiento por Constantino encabezado, el de Juliano lo fue de reacción, con este santo y seña: *De Cristo a Platón*" (N. Cochrane). La audacia e iniciativa que desplegó en sus campañas germánicas y en su marcha sobre Constantinopla pusieron en evidencia sus cualidades, pero ellas mismas, reveladas como temeridad y locura, acabaron prematuramente con sus planes reaccionarios contra el constantinismo.

Juliano había crecido con la terrible imagen de la matanza de sus familiares con que se realizó el acceso de los hijos de Constantino. Estudiante y bien rodeado de tutores, resultó con un elevado apasionamiento por lo antiguo y una devota apreciación por el clasicismo, lo cual, junto a la búsqueda del bien público, fue configurando el personalísimo papel de restaurador que a sí mismo se atribuyó. A partir de esta postura inicial podrán comprenderse sus realizaciones políticas, que desde un principio estuvieron marcadas por su reticencia a admitir la heredada política constantiniana. Y de aquí que hiciera frente al cristianismo.

Que Juliano fuera o no cristiano, que se bautizase por oportunismo, no es cuestión importante para ser valorada, y menos desde el medio ambiente de unos historiadores en el que diecisiete siglos después manifestarse católico puede ser "oportuno" socialmente, aunque no se sienta interiormente. Por tanto, a través del constantinismo cristiano o del cristianismo constantiniano hay que estimar las actuaciones de Juliano contra los cristianos concretos y reales de su tiempo.

La religión era elemento importante, pero en el sentido del platonismo, de quien era fiel seguidor y discípulo. En las Ideas sólo se descubría la verdadera objetividad y universalidad anhelada por los hombres, y la aprehensión de dichas ideas es la única posibilidad certera para una ciencia de la naturaleza y del hombre, para la cual su política de filósofo-rey iba orientándose de cara a subsanar las dolencias de una sociedad que necesitaba la reactivación de una *romanidad* cada vez más agonizante.

A Juliano le preocupaban las cuestiones económicas y sociales, pero como platónico firmemente convencido de que la religión es la tabla de salvación de la vida política, hubo de atender especialmente a las cuestiones eclesiásticas. En esta perspectiva calificó a la política constantiniana de *innovadora*: "Más encarecidamente que cualquier otra cosa detesto la innovación, especialmente en lo que a los dioses se refiere, y sostengo que deberíamos mantener intactas las leyes heredadas del pasado, pues es notorio que fueron dádiva de los dioses". De modo que si era posible destruir la Iglesia constantiniana, mejor fuera que sólo separarla de su maridaje estatal. Y ver en la política juliana una persecución contra los creyentes como tales; por tanto, de nuevo resulta exagerado y desviado. Era la corporación institucional eclesiástica lo que pretendía hacer objeto de su acometida, ya que en ella veía la causa de la degeneración intelectual y moral, importante obstáculo para su platónica búsqueda de la paz y justicia sociales.

Desde el momento que consideró el problema religioso como problema político, en el terreno y con los medios de la política habría de resolverlo. En esta perspectiva, el Apóstata se dedicó a cancelar las inmunidades y exenciones con que habían sido favorecidos, en el sistema de privilegios anterior, los cristianos. En realidad, era cambiar la dirección; más que abolir los principios de privilegio a favor de los cristianos, era conferirlos a los sacerdotes paganos. Una diferente interpretación del edicto de tolerancia. Los cristianos hubieron de devolver a la propiedad pública lo que "durante las recientes perturbaciones pasaron a manos privadas, debiendo ser dicha propiedad desarrendada mediante su justa valoración". Creía Juliano que, generalizando el edicto de tolerancia, "puesto que la libertad servía para fomentar sus disensiones, ya no debería temer el gobierno por más tiempo la unanimidad del populacho cristiano".

Pero no se exageren las presiones o persecuciones de este momento, aunque historiadores no faltos de mística interpretación de la historia eclesiástica hacen un reconocido comentario en este sentido, como puede verse por estas palabras de Juliano: "Por el cielo, que no quiero que los galileos sean muertos, azotados o de otra forma injuriados contra la ley. Por la razón debemos persuadir e instruir a los hombres, no por golpes, insultos o violencia física... Quienes yerran en materias de grave importancia merecen piedad, no el odio; y así como la religión es el mayor de todos los bienes, así la irreligión es el peor de los males. Y ésta es la situación de los que abandonaron a los dioses para adorar cadáveres y reliquias".

Esta manera de pensar, avalada con ejemplos como en aquella ocasión en que Juliano confiscó los bienes de la rica comunidad arriana de Edesa por haber atacado a los valentinianos, "para que la pobreza les enseñara a conducirse mejor y para que no se viesen privados del reino celestial prometido a los pobres", la fue realizando por la vía del derecho y de la acción legal, bien extendiendo privilegios y favores a quienes compartían su creencia, bien cancelando privilegios o incluso los derechos privados.

Juliano decía en este famoso texto: "Deseo que los hombres religiosos sean alentados y francamente digo que tienen derecho a ello. La locura galilea causó un desbarajuste casi universal, y sólo la cle-

mencia del cielo pudo salvarnos. Deberíamos, pues, honrar a los dioses y a los hombres religiosos y ciudades de tal espíritu". Es decir, desde su política religiosa de carácter anticonstantinista hay que buscar la interpretación de su conducta. Para Juliano, Constantino era un renegado del paganismo oficial. Pero, sin embargo, en opinión de algunos historiadores (Bidez, Duchesne), no pudo sustraerse del todo al influjo constantinista, de modo que consideran como influjo cristiano su reorganización del sacerdocio pagano como si hubiera un injerto de organización eclesiástica, e incluso hablan de una "deteriorización" de la política de Juliano cuando en su afán reestructurador de la verdadera religión iba transformando el helenismo con ciertos caracteres de tipo teocrático.

Juliano, en su anticonstantinismo esencial, abandonó también la política filobárbara. Buscaba así el renacimiento de las tradicionales glorias militares, pero que, como es de sobra conocido, precisamente en su personal y solitario esfuerzo acabaría con la república en lugar de obtener su restauración.

Con Constantino coincidió también, y sin duda con mucho más ahínco en el valor de las artes liberales, el establecimiento de un significativo experimento en la historia de la educación romana. Prohibió las escuelas privadas, en un empeño de centralización de la enseñanza, pero esa monopolización de la cultura, que, según el mismo Amiano, procuraba "evitar que los adictos a la Iglesia cristiana enseñaran como gramáticos y retóricos", no fue bien aceptada por los paganos de espíritu elevado, pues imponía más esclavitud que libertad.

Decía Juliano, hablando de las personas que no siguen la religión tradicional: "Hasta ahora, muchas circunstancias les impidieron abrazar la religión verdadera; el terror universal sirvió de pretexto para que la opinión correcta relativa a la religión no fuera declarada. Ahora, sin embargo, obtenida por clemencia y favor del cielo la libertad, tengo por absurdo que haya hombres que enseñen lo que no tienen por verdadero. Pero si piensan que haya algún saber en lo que interpretan y enseñan, prueben sobre toda cosa imitar la piedad de aquellos autores. Si estuvieren, no obstante, convencidos de que los tales yerran en su opinión de los dioses sacros, que entren en las iglesias galileas y estudien a Mateo y Lucas...".

Pero, a pesar de todo, fortuna puede decirse que fue para los cristianos su prematura muerte, al negar el filobarbarismo constantiniano en su indesviable lógica anticonstantinista, pues hubiera logrado reducir el cristianismo a la justa medida y localización señalada por Juliano: como continuación de un culto semibárbaro limitado por los angostos confines de Galilea.

Juliano no entró en los conflictos arriano-cristianos. Para él, todos pertenecían a la "superstición galilea", que había seguido la peor parte del judaísmo, los profetas en lugar de la Ley. "Los galileos, como sanguijuelas, chuparon la peor sangre de aquellos orígenes y dejaron la más pura. Siguieron deliberadamente a hombres que habían transgredido su propia ley y que pagaron adecuada pena por haber preferido vivir desafiando la ley y proclamando un nuevo y extraño evangelio."

Por supuesto, negó la divinidad de Jesús, aunque no en el sentido arriano, sino como fábula que tiene como objeto la parte crédula, necia e infantil del espíritu. Creyó en la existencia histórica de Jesús, labrador iletrado, considerando sus enseñanzas como faltas de verdad y belleza, débiles, ajenas al sentido práctico y socialmente subversivas. Pensaba que era posible captar la divina esencia, pero a través de un conocimiento del todo independiente de Moisés, Jesús o Pablo. Dependía de la actividad benéfica y providencial del Sumo Dios, el rey Helios, el Sol intelectual, uno e idéntico, quien posibilitaba la comprensión de los humanos, centro de toda su teogonía.

Como conclusión puede citarse su obra *Los Césares*, donde se refleja claramente su posición en este secular conflicto de cristianismo y clasicismo, de *Pax Iuliana* contra *Pax Constantiniana*. Al celebrar un concurso entre los emperadores deificados, el premio por excelencia se lo otorga al otro rey-filósofo, Marco Aurelio. Al tener que vivir cada concursante bajo la tutela de una deidad adecuada, para Constantino no encuentra quien pueda protegerle. Por fin, da con la Lujuria, quien, acogiéndole con afecto, le presentó a la Incontinencia. Pero deidades vengadoras le limpiaron de sus delitos.

A través de este anticonstantinismo, Juliano negó el cristianismo, en el que no pudo ver más que una fase de la interminable lucha de barbarie y civilización. En su monarquía platónica, quiso defender la civilización después de su renegación constantiniana. Ya los judíos no podían ofrecer en la actividad legislativa de Moisés nada semejante a la actividad de un Licurgo, Solón o Rómulo. Siempre fueron de cultura insuficiente y su larga historia de cautiverios así lo patentiza. En esa misma línea, el cristianismo no es más que una religión de escape, que comenzó a adorar a un "judío crucificado", primer cadáver entre la multitud de otros cadáveres recientemente muertos, los cuales eran comentados por Eunapio, amigo de Juliano, de esta manera: "Cabezas escabechadas y huesos mohosos, tales han venido a ser los dioses del pueblo romano". Evidente incompatibilidad entre el espíritu clásico y el cristianismo, que, no obstante, encontró en otros emperadores sinuosas vías de transacciones integradoras.

En el irreversible proceso de decadencia romana, Juliano intentó, en un sobrehumano y personal esfuerzo, la inevitable imposición que los "ateos" cristianos realizaban sobre la verdadera religión tradicional, a pesar de que, según Juliano, "la suma y sustancia de su teología se reduce a estas dos cosas: silbar para alejar a los diablos y hacer la señal de la cruz sobre sus frentes".

El cristianismo prevaleció, la romanidad no fue salvada por Juliano y, aunque parezca paradójico, con los cristianos volverá a revivir en los espíritus las frustradas esperanzas de una romanidad perdida.

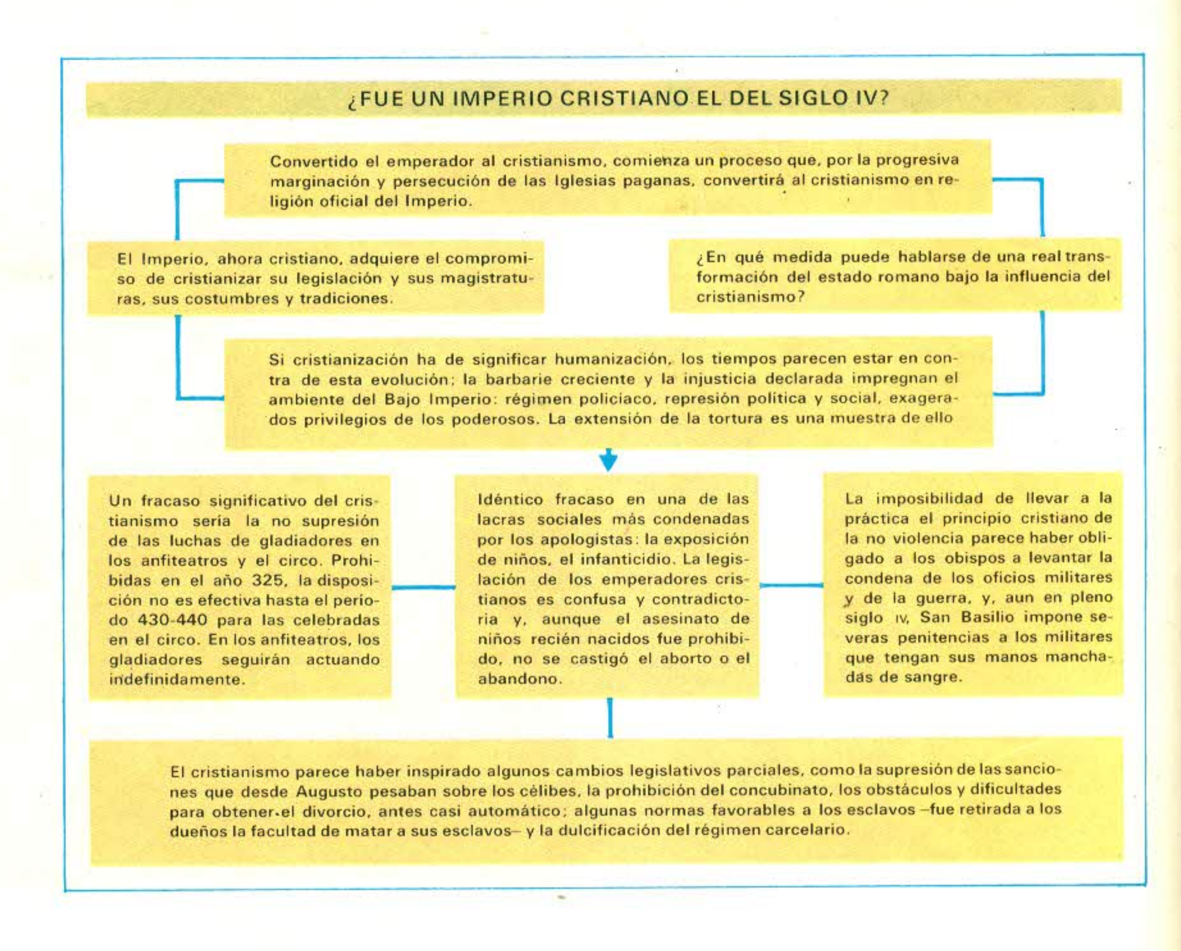
En la trayectoria iniciada con Constantino y el concilio de Nicea, la época juliana supuso un paréntesis en el progreso de la reacción arriana. Durante su gobierno pudo reunirse un importante concilio en Alejandría (362). Atanasio procuró una apertura de criterio para formar un frente único con los semiarrianos, hasta el punto de que puede hablarse de una restauración de la ortodoxia. Pero siguieron las intrigas eclesiásticas: obispos antes depuestos volvieron a sus sedes, Atanasio sufrió un cuarto destierro, el cisma luciferiano, la sede de Antioquía con tres obispos simultáneos, etc., son hechos que pueden dar una idea de aquel clima de conflictos eclesiásticos. En estas cuestiones, poco supuso Juliano. Peor fue con Valente, quien, habiendo sucedido a la época de neutralidad confesional de Valentiniano I, se convirtió en un decidido promotor del arrianismo y perseguidor de macedonianos y semiarrianos.

Pero las medidas favorecedoras de Graciano en Oriente, el fortalecimiento de la Iglesia con nombres como Gregorio Nacianceno, Basilio, Ambrosio de Milán, quien precisamente sucedía al arriano Aujencio, confluyeron, bajo la presidencia del papa Dámaso, en la época triunfal de Teodosio el Grande. Éste se convirtió en el mayor favorecedor de la causa cristiano-nicena, fue fundador del imperio ortodoxo y prototipo de "príncipe cristiano", sin la mínima tolerancia para el arrianismo y demás herejías, que fueron formalmente abolidas. Y de nuevo el emperador mandó congregar a la Iglesia en concilio, la cual en Constantinopla remataría la instauración de la ortodoxia.

Así acabó toda posibilidad para la religión clásica; así tuvo lugar "el fin del paganismo". Pero las querellas y las divisiones continuaron, el mismo platonismo dejaría sentirse en el propio seno del cristianismo, que reanimaría la tradición romana. De ahí que se reclame la necesidad de iluminar más estos períodos, en los que la interpretación triunfalista de la institución eclesial ha influido en toda la historia general. Si ello es explicable en la Edad Media y su régimen de cristiandad, no hay que extenderlo a un mundo romano conflictivo y decadente, todavía no desaparecido de Occidente.

"Apóstatas" o "grandes", "fin del paganismo" o "comienzo de la cristiandad", suponen demasiada unilateralidad en la hermenéutica de la historia, todavía abierta y accesible para un Occidente ávido de conocerse y reformarse.

J. M.ª P.




gasto. Este bárbaro, sintiéndose incapaz de gobernar, hizo reconocer como emperador a un letrado de Roma llamado Eugenio, que era cristiano. Creyéndole dócil y dispuesto a transigir con sus ideas, el elemento pagano de Roma apoyó a Eugenio, y el pobre retórico purpurado tuvo que hacer concesiones a sus amigos los paganos. La Victoria fue devuelta al aula del senado, la estatua de Júpiter se levantó de nuevo y se celebraron otra vez los misterios de Isis y de la *Magna Mater*. Ya hemos dicho que Eugenio era cristiano, pero el que dirigía la restauración pagana era el senador Nicómaco, yerno de Símaco. Eugenio no devolvió a los templos paganos los bienes secuestrados, pero los cedió a perpetuidad a Nicómaco y a otros senadores del partido reaccionario. Acaso no era el deseo de aumentar sus fortunas lo que llevaba a los senadores paganos a aceptar estas dádivas, sino que pensaban administrarlas por cuenta de la religión perseguida, y estando estos bienes registrados como de propiedad privada, evitaban así el peligro de una nueva confiscación. Pero la espada vengadora de la verdad y la justicia se levantó para acabar de una vez con el paganismo contumaz. El agente en esta ocasión de la cólera celeste fue el emperador español Teodosio, que gobernaba las provincias orientales mientras Arbogasto, Eugenio y Nicómaco disponían a su antojo de Roma, del estado y de la religión. Teodosio, debidamente aconsejado por un eunuco egipcio, que le profetizó la victoria, marchó desde Constantinopla sobre Italia para acabar con los aristócratas y sus dioses paganos.

La batalla entre Teodosio y los reaccionarios paganos se dio en un llano delante de Aquilea. Nicómaco murió en el combate, Arbogasto se suicidó y Eugenio fue hecho prisionero y decapitado.

Después de la victoria de Aquilea, los cristianos recobraron su supremacía en



***Medallón de oro de Valentiniano I, quien recogió de Joviano la herencia de Juliano completamente transformada: por un lado, la paz con los persas, y por otro, el restablecimiento del cristianismo (Museo Nacional, Belgrado). Valentiniano, excesivamente ocupado en Occidente por las luchas con alamanes, burgundios, francos y sajones, nombró augusto de Oriente y corregente del Imperio a su hermano Valente.***

*Acueducto de Valente en Constantinopla, la capital de la parte del Imperio que le fue entregada por su hermano. Valente favoreció como pudo a los partidarios de la condenada corriente desviacionista del arrianismo.*

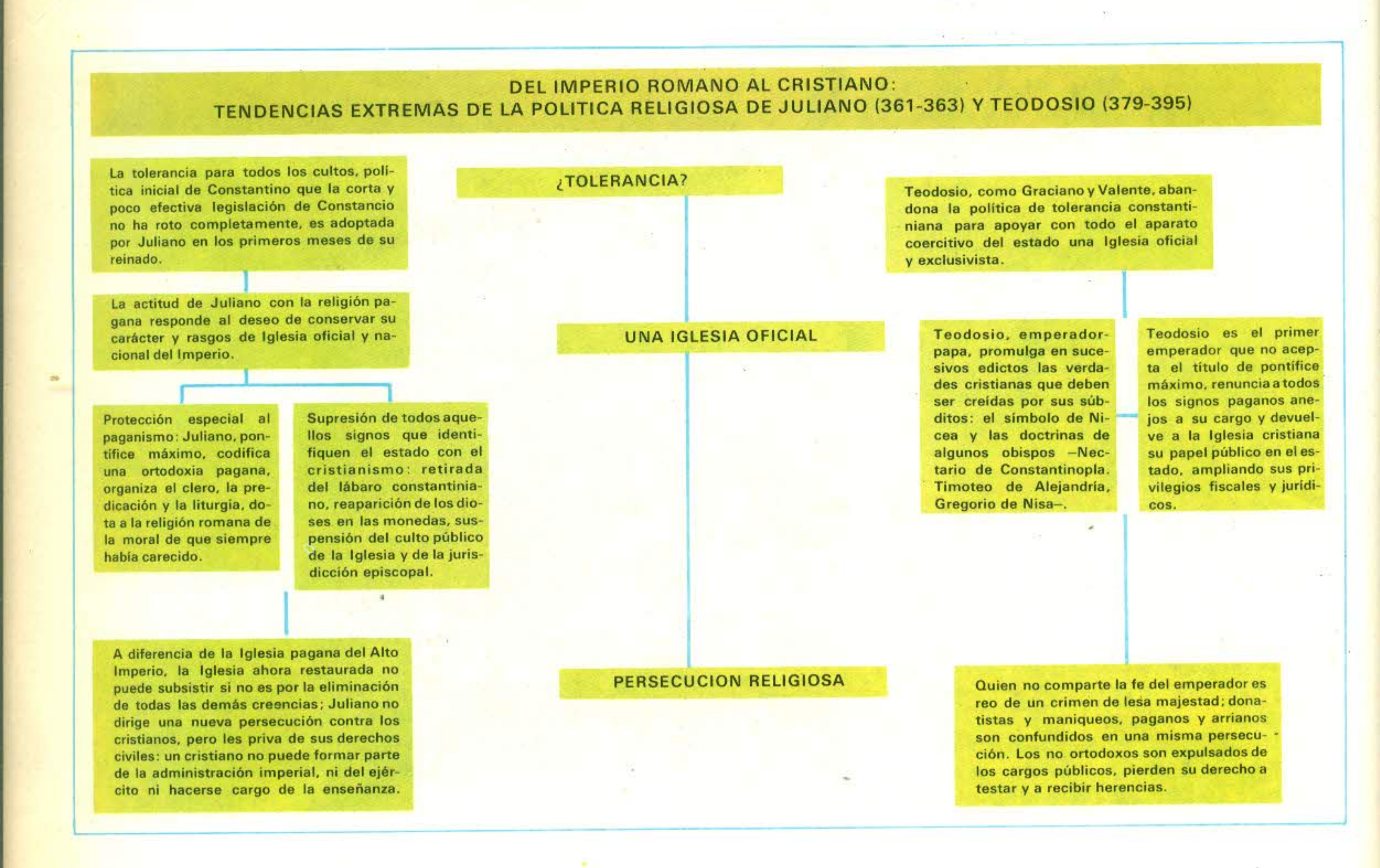


Roma, y esta vez para siempre. Las medidas de Teodosio no fueron, como las de sus antecesores, un ataque indirecto al paganismo. Resueltamente recomendó que capillas, templos y santuarios de los antiguos dioses fuesen destruidos o purificados con el signo de la religión cristiana. Se nombró una comisión especial, formada por varios jefes de administración, para que procedieran a cerrar los templos, destruir los ídolos e instrumentos de sacrificio, cancelar pensiones y anular privilegios de los sacerdotes paganos, y, en fin, liquidar la propiedad de los viejos santuarios del paganismo en beneficio del emperador, de la Iglesia y del ejército.

El contenido de la legislación imperial para acabar con el paganismo revela el propósito de querer hacer las cosas rectamente y aun de salvar lo que podía haber de aprovechable en el viejo culto. Pero el entusiasmo popular no tuvo límites y, principalmente en las provincias, la clausura definitiva de los templos paganos fue acompañada a menudo de destrucción y desórdenes. En la Galia, San Martín de Tours, a la cabeza de sus monjes, procedió a derribar los ídolos y a cortar las encinas sagradas de los antiguos celtas. Más sensacional aún fue la destrucción del *Serapeum* de Alejandría. Los devotos de Serapis se habían fortificado en su recinto, y tuvo que sitiarse como una fortaleza. Por fin, convencidos de su impotencia ante el furor popular, apoyado por la decisión imperial, los paganos abandonaron el *Serapeum.* Las turbas de monjes y conversos invadieron el recinto y no pararon hasta verlo completamente destruido. El ídolo de Serapis era una estatua gigantesca, revestida



*El obelisco de Teodosio, en Constantinopla, traído de Egipto y levantado sobre una base con relieves alusivos al emperador, se halla en una gran plaza de la moderna Istanbul que ocupa parte del antiguo hipódromo construido por Constantino a imitación del circo Máximo de Roma. Teodosio, de origen hispánico, fue nombrado en 379 augusto de Oriente. Su intervención en Occidente para reprimir sublevaciones le hizo lograr la última unificación del Imperio, que duró hasta su muerte, en 395.*




de placas de bronce; estaba sentado, con un cetro en la mano, como el Zeus de Olimpia. Un soldado se encaramó hasta el hombro de la estatua y le dio, con una hacha, un tremendo golpe en la cara. Una de las placas de bronce cayó al suelo, sin que nada ni nadie castigara la profanación; entonces, ya sin miedo, otros golpes completaron la hazaña y el coloso quedó desprovisto de su revestimiento metálico en poco rato. El tronco de madera, arrastrado al anfiteatro, fue quemado, entre los gritos y algazara del populacho.

La Iglesia ha reconocido a Teodosio como el verdadero fundador del imperio cristiano. Algunos de sus antecesores, después de Constantino, fueron cristianos sinceros, pero no puede decirse que fueran ellos los que cristianizaron el Imperio. Teodosio, resueltamente, declara "que es su deseo y voluntad que ninguno de sus súbditos se atreva, en ninguna villa o ciudad, a adorar a los ídolos". Más todavía, la religión que debían profesar todos los ciudadanos era "la que el apóstol San Pedro enseñó a los romanos y que hoy enseñan el pontífice Dámaso y el obispo Pedro de Alejandría".

Teodosio reconoce así la jerarquía católica, con el papa Dámaso a la cabeza, y la mención que hace del primado de Alejandría, aunque en segundo lugar, es sólo una concesión de autonomía a las Iglesias orientales, bien que insistiendo en que deben seguir las enseñanzas de San Pedro. El régimen de una autoridad suprema para la Iglesia, con su paralela autoridad civil en el Imperio, puede decirse que se inaugura con Teodosio. El gran español tuvo la intuición de que había llegado la hora de imponer una disciplina a las conciencias. Para muchos suena esto hoy a intolerancia, pero era un progreso enorme comparado con la doctrina todavía propuesta por Símaco de que cada pueblo o nación tenía su dios tutelar, que cuidaba de sus destinos. Era una idea arqueológica, más aún, prehistórica, de la religión, incompatible con el concepto de imperio universal que empezaba a arraigar en las conciencias. Por la misma razón que Trajano, Marco Aurelio y Diocleciano habían insistido en implantar la unidad religiosa a base del paganismo, Teodosio debía insistir en la uniformidad cristiana. Era otro esfuerzo para consolidar el Imperio.

Consecuente con sus principios, Teodosio reconoció a la Iglesia el derecho de decidir en materias de religión y de moral; él mismo se sometió a la penitencia que le im-

puso el obispo de Milán, San Ambrosio. Este episodio señala el principio de la dependencia en que se halla la autoridad civil respecto de la eclesiástica en materias de conciencia. El pecado de Teodosio era grave. Como buen español, cuando se irritaba era violento, y en una ocasión, para castigar un motín en Tesalónica, ordenó que se invitara a los ciudadanos a una fiesta en el circo, y cuando los tuvo reunidos, los hizo acuchillar bárbaramente. Para dar idea de la brutalidad del castigo, contaremos sólo que un mercader extranjero, que aquel día se hallaba por casualidad en Tesalónica y había acudido al circo, vio matar a dos hijos suyos, como él inocentes.

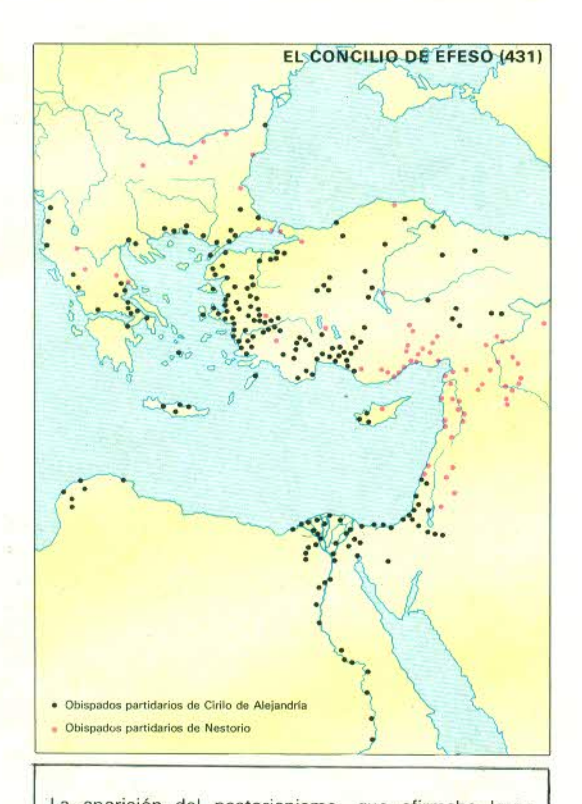
La horrible venganza de Tesalónica afligió a todo el Imperio, y celoso como siempre San Ambrosio por el buen nombre cristiano, proclamó desde el púlpito y en la calle que el emperador debía hacer penitencia de su pecado mostrando su arrepentimiento delante del pueblo. El gran emperador aceptó la sentencia y, vistiendo el sayal de penitente y en actitud suplicante, con lágrimas en los ojos, imploró en la catedral de Milán el perdón de su horrendo delito. Teodosio tuvo que esperar ocho meses para ser de nuevo admitido entre los fieles y acercarse a la sagrada mesa para comulgar.

Ya puede comprenderse que un emperador que se somete a la autoridad eclesiástica hasta el punto de confesarse y hacer penitencia en público, habría de exigir que los demás se sometieran también y no toleraría disensiones. En este punto, Teodosio es también católico perfecto; sus edictos contra los herejes son enérgicos, el emperador se convierte en el brazo protector de la Iglesia mi-

***Detalle de una de las puertas de la catedral de Milán con una escena de la vida de San Ambrosio. Fue éste un gran personaje influyente en su tiempo, que, tras ostentar cargos políticos en la administración romana del Imperio, fue promovido al episcopado de Milán siendo simple catecúmeno. Además de consejero de los emperadores fue amigo personal de Teodosio y se le reconoce influencia decisiva en la conversión de San Agustín.***



***Disco de Teodosio el Grande hallado en Almendralejo a mediados del siglo XIX (Academia de la Historia, Madrid). El emperador, sentado en el centro, tiene a su lado a sus hijos Arcadio, a su derecha, y Honorio, a su izquierda, y entrega a un personaje el libro con los preceptos necesarios para gobernar una provincia.***




La aparición del nestorianismo, que afirmaba la no existencia de una unión completa entre las dos naturalezas de Cristo, fue el primer acto de un largo proceso cargado de consecuencias para la Iglesia oriental. El nestorianismo, ampliamente difundido en Siria y Mesopotamia, fue condenado en el concilio de Éfeso por la energía de Cirilo de Alejandría; pero, a partir de aquí, la escuela alejandrina evolucionó progresivamente hacia la herejía opuesta, el monofisismo. El reparto de los partidarios de Cirilo y los de Nestorio en la época del concilio de Éfeso revela la existencia de unos conglomerados muy coherentes de diócesis, coincidentes, en gran parte, con los contornos de las naciones.

*Un fragmento de las murallas de la moderna Istanbul, mandadas construir por Teodosio para defender la capital de su Imperio.*

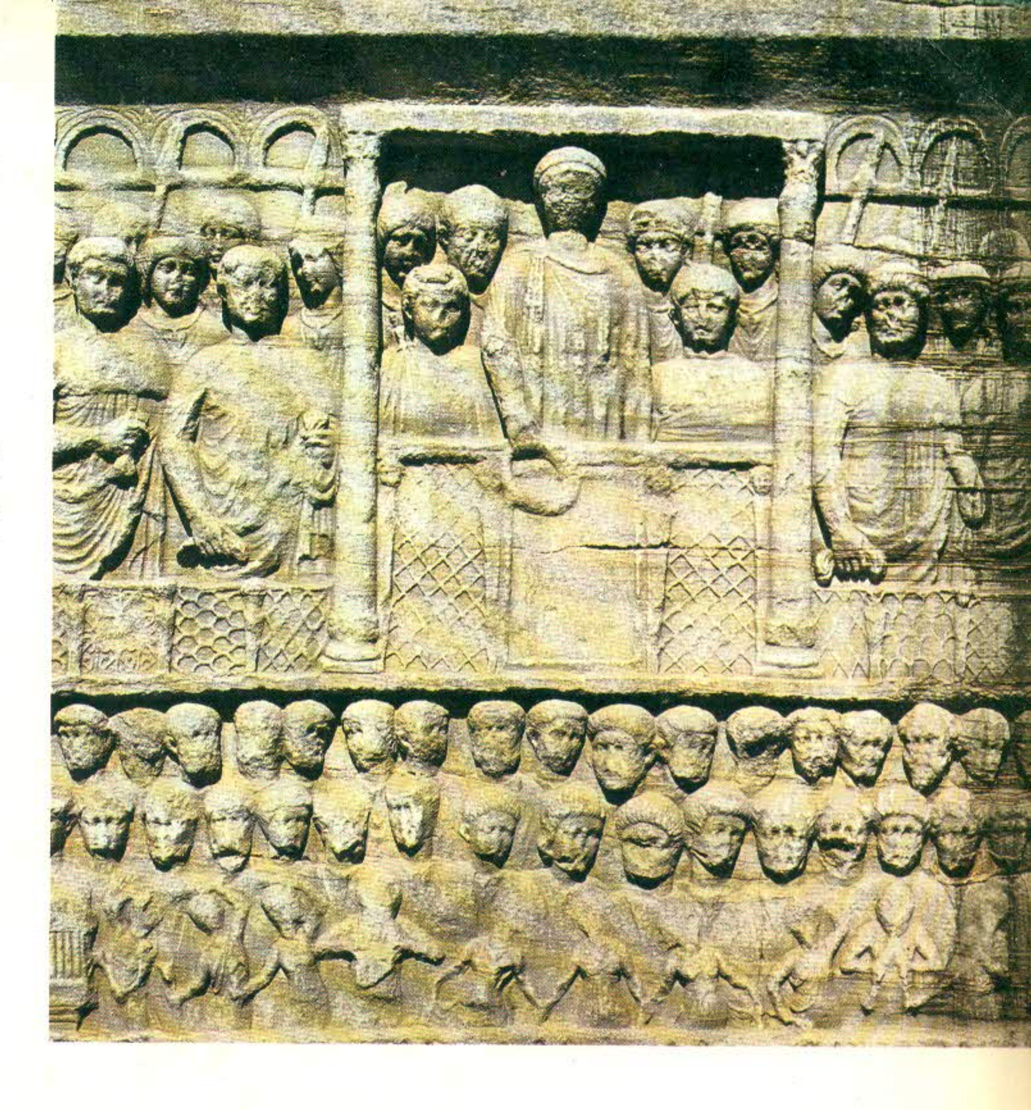


litante. Pero también en este punto Teodosio demuestra hallarse dotado de un espíritu superior, aunque no hace más que seguir el compás de los tiempos, que con el cristianismo, religión del estado, imponían nuevas formas de coordinación de poderes, exigían un nuevo régimen entre la Iglesia y el Imperio, propendiendo a la unidad espiritual de la civilización, que será el gran empeño y el ideal que alentaría durante la Edad Media.

De este tiempo es digno de relación lo sucedido con unos herejes españoles, ejecutados en Tréveris por orden del corregente de Teodosio en Occidente, otro español llamado Máximo. La historia de este interesantísimo episodio, en pocas palabras, es como sigue: hacia el año 370 un laico muy experto en teología empezó a predicar en las provincias occidentales de España ensalzando fervorosamente el más riguroso ascetismo. Se llamaba Prisciliano, era rico y de ilustre familia, algo dado a la astrología y las ciencias ocultas, pero gran orador. Sobre todo, Prisciliano predicaba la continencia, el ayuno y el apartamiento del mundo; en cierto período del año, él y los que le seguían escondíanse en lugares solitarios, en la aspereza de los montes o dentro de sus casas. Se reunían en parajes secretos y, cuando comulgaban, lo hacían sin ser vistos; sus singularidades bastaban para causar viva zozobra a los otros cristianos, por lo que empezaron a propagarse rumores fantásticos, en los que no faltaba la nota de obscenidad. Se les acusaba de rogar a Dios desnudos. La voz de alarma la dio el obispo de Córdoba, Higinio, quien despertó el celo de su colega de Mérida, Idacio. Otros obispos, en cambio, dieron más importancia al ascetismo de los priscilianistas que a su herejía, y pronto el episcopado español se halló dividido en dos bandos. Un concilio celebrado en Zaragoza el año 380 condenó a los priscilianistas, pero algún obispo se mostró favorable a los disidentes y éstos continuaron su predicación, con la agravante de que Prisciliano fue elegido obispo de Ávila.

El asunto tomó tales proporciones, que el papa Dámaso pensó intervenir y el incansable San Ambrosio obtuvo del emperador un rescripto por el que, en términos generales, se condenaba a "los falsos obispos y los maniqueos". Prisciliano y los suyos, aunque se sentían inocentes de maniqueísmo y podían probar sus títulos al episcopado, comprendieron que el edicto imperial apuntaba contra ellos principalmente. Para defenderse, Prisciliano y dos de sus adeptos marcharon a Milán y Roma. Los priscilianistas fueron invitados a acudir a un concilio en Burdeos, para allí, en terreno neutral, discutir sin apasionamiento; pero viendo que

*Detalle de los relieves del pie del obelisco de Teodosio en Istanbul, donde se ve al emperador, con coronas preparadas para los vencedores de las carreras, rodeado de familiares y numeroso público, en la tribuna del circo.*



los obispos de la Galia les eran también poco favorables, Prisciliano tuvo la desdichada idea de apelar al emperador, o a su corregente Máximo, que gobernaba en Tréveris como colega de Teodosio.

De este modo el concilio fue sustituido por un proceso disciplinario. Máximo prometió a San Martín de Tours que no se dictarían sentencias capitales y que, a lo sumo, podría llegarse a la deportación de los herejes. Pero el acusador Itacio, obispo hispano, no paró hasta convencer a Máximo de que Prisciliano y los suyos eran culpables de brujería, y éste era un crimen que las leyes castigaban con pena de muerte. Para aclarar este punto, Prisciliano fue sometido al tormento, y es posible que un temperamento místico y delicado como el suyo no pudiera resistir a confesar todo lo que querían sus enemigos. No por herejes, sino por culpables del crimen de magia, Prisciliano y seis más fueron decapitados. Entre estas seis víctimas había un poeta, Latroniano, elogiado por San Jerónimo, y una noble matrona, Eucrotia, todos españoles.

No se ha precisado todavía exactamente lo que constituía la herejía de Prisciliano ni interesan en gran manera sus opiniones teológicas; lo que presta interés a este proceso es que Prisciliano y sus colegas fueron las primeras víctimas del brazo secular. Los más cultos y virtuosos obispos católicos consideraron la ejecución de Prisciliano, por mandato del poder civil, como una gran desgracia. San Martín de Tours, San Ambrosio, de Milán, y el papa Siricio, sucesor de San Dámaso, deploraron el celo cruel de los obispos españoles y se negaron a comunicar con los responsables del crimen cometido por Máximo, pues no querían tener trato alguno "con los que habían pedido la muerte de los herejes", según manifestara con dicha expresión el gran San Ambrosio.

Mas la herejía priscilianista no quedó extirpada con la ejecución de sus primeros propagadores. Su rescoldo, latente, duró varios siglos. Aunque no conozcamos los pormenores doctrinales y morales de esta secta, es evidente que los priscilianistas se sentían inspirados por Dios y que sólo reconocían la autoridad del Altísimo. Consideraban que la disciplina y la jerarquía eclesiásticas, necesarias para mantener el orden entre las multitudes, no les afectaban a ellos, los iluminados. Dios, comunicándose directamente con cada uno de ellos por visiones y revelaciones, podía proponer las más extrañas y contradictorias normas de conducta. Sin embargo, los priscilianistas, como todos los extremados, consideraban el mundo y el hombre como enemigos y, dando a las obras de la carne una importancia muy secundaria, se permitían excesos que creían sin daño porque estaban en un plano muy inferior a lo que para ellos era el bien y el mal.

*Anverso y reverso de una moneda de oro de Valentiniano I acuñada en Constantinopla durante su reinado (Museo Británico, Londres).*





## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| Andreotti, R. | *Il regno dell'Imperatore Giuliano,* Bolonia, 1936. |
| Bidez, J. | *La vie de l'empereur Julien,* París, 1930. |
| Cochrane, N. | *Cristianismo y cultura clásica,* México, 1949. |
| Labriolle, P. | *Histoire de l'Eglise,* vol. III de la obra dirigida por Fliche-Martin, París, 1936. |
| Levi, M. A. | *L'impero romano,* Turín, 1963. |
| Llorca, García Villoslada, Montalbán | *Historia de la Iglesia católica,* Madrid, 1960. |
| Negri, G. | *L'imperatore Giuliano l'Apostata,* Milán, 1954 (5.ª ed.). |
| Pareti, L. | *Storia di Roma e del mondo romano. VI. Da Decio a Costantino (251-337 d. C.),* Turín, 1961. |
| Piganiol, A. | *Histoire de Rome,* París, 1962 (5.ª ed.). |
| Riccioti, G. | *L'imperatore Giuliano l'Apostata secondo i documenti,* Milán, 1956. |
| Stein, E. | *Histoire du Bas-Empire. I. De l'état romain à l'état bizantin (284-476),* Brujas, 1959. |




***Elia Flaccila,***
***la primera esposa del emperador Teodosio, de origen español como él, que se distinguió por sus obras caritativas (Gabinete de Medallas, París). Murió en 385 y la Iglesia griega la considera santa.***